

de su alma en las eternas y celestiales mansiones de la gloria.

¡O piadoso y desgraciado Soberano! quien me diria cuando prediqué las honras de vuestro Padre el Sr. D. Carlos IV., y por las que me nombrasteis vuestro predicador, que habia de ocuparme tan brevemente en las vuestras!

¡O juicios inescrutables del altísimo! lo mismo arrancas y destruyes los elevados y robustos cedros del libano, que el pequeño y endeble tomillo! ¡te llevaste á mejor vida mi Rey y conservaste esta arida y fragil caña, testigo de sus cristianas virtudes! Vos Dios mio, que escudriñais el interior del corazon humano, y descubris la verdad en medio de las tinieblas como á la luz del medio dia, y conoccis mis deseos de no faltar nunca á ella en este sagrado ministerio y en esta Cátedra del Espiritu Santo, iluminad mi entendi-

